



Discrepancias (y III)

Seguimos con el artículo de don Ramón Díaz López, publicado en este diario con el título de *La moralidad humana*. No habíamos terminado el párrafo tercero, en cuyo final se nos dice que el deber que se basa en la información recibida a lo largo de nuestra vida es una tontería. A este respecto sólo quiero recordarle al articulista que él, como científico, seguro que sabe mucho más que nosotros de las tres memorias que tiene el hombre: La *memoria genética* (biótica), incardinada en el código genético; la *memoria histórica*, incardinada en el código cultural, y la *memoria individual*, lo que nosotros hemos experimentado o vivenciado. Estas memorias son constitutivas de la realidad humana, no algo adventicio, aunque su contenido pueda serlo, porque el hombre tiene una dimensión genética, histórica, ética, social, etc. Y, por tanto, la información almacenada en las mismas no es nada extraño a su realización personal. Justamente su progreso está basado en tales informaciones, más o menos filtradas por el *método del ensayo y el error*. De consiguiente, que sus *deberes* sean matizados o generados por ellas a través de la vida no es una tontería: lo contrario, afirmado por un científico, no es, cuando menos, *plausible*.

Si no me hubiese encontrado con el cuarto párrafo del citado artículo, no hubiese escrito esta segunda parte de mis *Discrepancias*, pero es algo que acaba de rizar el rizo. Dice así: "En realidad tenemos que darnos cuenta de que la totalidad de nuestra vida consciente es de hecho una lucha evolutiva con nuestro antiguo yo, con el que discrepamos continuamente". Me imagino de donde le viene al autor esa idea, pero la naturaleza de este trabajo me impide entrar en la temática. Voy, por tanto, a limitarme a dos observaciones: Primera, esta afirmación es metafísica y, en cuanto tal, inverificable por los criterios aceptados por la comunidad científica para la ciencia, a cuya comunidad pertenece, según propia afirmación, el articulista. Y lo mismo ocurre con la teoría general del evolucionismo, hoy aceptada por muchos científicos, filósofos y también teólogos; pero ésa es su naturaleza epistemológica. Segunda, ¿qué entiende por *yo*? ¿Acaso la pre-existencia del *yo* no implica ya consciencia? Y, si esto es así, ese *antiguo yo* presupone la existencia de una consciencia que no se generó en lucha con *él*. Más todavía: el señor Díaz *objetiva* y *substancializa* la consciencia como si fuera una cosa y no tiene ningún reparo en hacerlo, aunque, científicamente, sólo pueden ver verificados los *actos conscientes*, no la consciencia en sí misma, que es una entidad metafísica. En todo caso, un científico tan riguroso como usted debería explicar a sus lectores los *referentes* de los términos básicos que utiliza, sobre todo partiendo de que no leen, no piensan y dicen tonterías en el umbral del año 2000.

En cuanto al párrafo quinto, tengo que agradecerle que nos haya informado de que *la postura egoísta es una virtud conservada para el animal individual*. ¿Conservada por quién? Supongo que por *Deus sive Natura*. Y seguimos con la metafísica a vueltas. Pero yo pensaba que sólo la *autosuperación* formaba la base para todas las experiencias de la virtud (párrafo segundo) y que aquí podía hablarse de *instinto de conservación*, sin embargo, los lectores que no somos científicos caemos fácilmente en el error y la tontería.

Discrepancias (y III)

(Viene de la página 15)

El comentario al párrafo sexto agotaría la paciencia no sólo de los editores de **El Progreso**, sino también de nuestros pacientes lectores. Lo despacharemos, pues, con unas pocas precisiones. Puedo en este caso disculpar a un hombre de ciencia que me diga que *el ser humano está empezando a eliminar el egoísmo* (¡!). Y parodiando al señor Aznar, yo diría que “vamos por buen camino”, “la humanidad marcha bien”, porque van a sucumbir los que no prescindien del egoísmo, y, sin embargo, tenemos que dar vía libre a los instintos que la naturaleza ha implantado en nosotros (párrafo tercero), pero no ciertamente *autodominarnos* o *autorenunciarnos*, que eso es cosa de curas. ¡Benditos los científicos como don Ramón, porque de ellos es el Reino de la Comprensión! En este párrafo la “consciencia es un fenómeno de la zona de evolución”. ¿No era antes una lucha evolutiva con el antiguo yo?... Y si en nuestra vida “lo que se forma es consciente y lo que existe es inconsciente”, tengo que pensar que el contenido de la memoria histórica e, incluso, individual, es producto de la inconsciencia. Vaya otra cita, *sin comentarios*, para que lean, estudien y piensen: “Los seres humanos deberíamos considerar en qué manera excluyente se interrelaciona la personalidad mental, llamada por algunos espiritual, con las influencias de nuestro entorno. **Se trata de un efluvio directo de la personalidad espiritual de otros congéneres, en parte todavía vivos y en parte ya fallecidos**” (la negrilla es mía). Supongo que quiere decirnos que unos están vivos y otros fallecidos, porque el articulista no es aficionado a las inmortalidades, aunque sean parciales.

Seguramente, para terminar, a don Ramón le conviene saber que los que no somos científicos también sabemos derivar e integrar, algo de genética, un poco de las estructuras *ultramicroscópicas* de la materia, con sus partículas, antipartículas y antimateria y, si viene al caso, la estructura y función de los ácidos nucleicos, y también algunas estructuras matemáticas muy necesarias en nuestros tiempos, y tratamos de entender los espacios no-euclidianos, para que algunas estructuras de la realidad no se nos escapen del todo de nuestra comprensión. No sé si esto nos autoriza, a algunos lectores, para pedirle que no mancille sus conocimientos científicos con los *insultos* que nos prodiga, no sólo en este artículo, sino en otros anteriores que no tomamos la molestia de comentar, porque ni es una costumbre nuestra ni quisieramos tener que seguir haciéndolo.